

BOLETIN
DE LA
Academia de Ciencias Políticas y Sociales

Tomo X - Enero a Junio, 1945 - Nos 1 y 2

CARACAS - VENEZUELA

\Una Crisis del Pan-Americanismo

Por el Dr. Simon Planas Suárez

Ha llegado la hora del epílogo y comienzo por decir que lo escrito no es una crítica a la política interamericana de una o de otra de las repúblicas latinas del continente porque la verdad es que ellas no tienen una común y concertada. La llamada política panamericana no ha tenido en ningún estado del hemisferio occidental la orientación clara de una doctrina definida ni tampoco una línea de conducta fijada por principios, ni siquiera cuando aparecen determinados de modo exacto respecto de un caso concreto y *previsto*, en un compromiso *ad hoc* como la *declaración XV* de la Habana.

Con todo, lo ocurrido en la *tercera reunión de consulta*, caracterizada por la variedad de las situaciones jurídicas y legales de las naciones americanas y por sus discordantes actitudes, por deplorables que aparezcan, todavía puede ser un nuevo punto inicial de la redención positiva del panamericanismo y de la fraternidad americana, siempre que los estadistas del nuevo mundo estén lealmente resueltos a penetrar la situación y a exponerla a los pueblos de

sus paises respectivos en el claro lenguaje de la verdad con elacion republicana. Si asi fuere la *tercera reunion de consulta* podra ser una real y perdurable ensenanza.

Mas si se procediera en contrario persistiendose en llamar las lamentables emergencias de que fue testigo esta *consulta* voluntad americana unanime solidaridad continental indestructible unidad americana que la guerra mundial no ha hecho sino afirmar y consolidar entonces el panamericanismo se halla en plena bancarrota. Si este *mare magnum* de palabras cuya futilidad es innecesario recalcar continua siendo la expresion de fratria de las naciones del hemisferio occidental y el fundamento del sistema interamericano de cooperacion y de seguridad colectiva menester es convenir que en la *tercera reunion de consulta* quedaron aniquilados todos los elementos esenciales del panamericanismo.

A menos que se acenten inconveniencias por juicios rectos y locuciones disparatadas por frases sensatas podria convenirse en que tanto desproposito puede ser univocamente inteligible o aceptado por personas de buena fe. Hay frases que analizadas con madurez producen tal desconcierto que la reflexion se impone. De la solidaridad continental de la unidad americana de la accion defensiva conjunta de las republicas del hemisferio que un dia *declararon* solemnemente en la Habana que la *agresion a una de ellas era una agresion a todas ellas* se puede afirmar enfaticamente que las naciones conquedan los poderan los americanos en sus asuntos continentales y en los globales. Conquedan las amenazas son tan sobriadas de vehemencia como de insinceridad.

Todo ha sido alboroto alborozo artificial fingido porque hasta el punto que se expone no traduce una firme voluntad de hacer y de cumplir. No se ha temido por grave el compromiso que se toma y la colectividad por consiguiente se ha considerado irresponsable. Asi pues lo que ha perjudicado y hace imposible el leal acuerdo de las naciones americanas el cabal cumplimiento de las

obligaciones que contraen y el progreso efectivo del sistema interamericano, es que los personeros de los gobiernos no se expresan con franqueza, para decir nada mas que la verdad. Los americanos deben preocuparse de revisar muchas expresiones, multiples hechos y no pocos conceptos para establecer claras reglas fundamentales de conducta interamericana, de ayuda mutua y cooperacion defensiva conjunta de los vitales e inseparables intereses politicos, militares, sociales y economicos del continente mediante acuerdos muy definidos.

Si hay relativa variedad en esos intereses esa variedad no excluye la unidad nacida en un trascendental y superior elemento decisivo: el interes continental. Ingente es en consecuencia, revivir el ideal panamericano en su mas lata expresion moral en su mayor alcance espiritual pero asimismo, y es este un deber que imponen las circunstancias presentes y particularmente las futuras hay que hacer del panamericanismo positivo y del sistema interamericano en todas sus expresiones una realidad tangible, un elemento de accion automatica y coordinada. Solo asi se podra evitar el incumplimiento de los compromisos interamericanos y el triste espectaculo de la incertidumbre arruinando los principios tradicionales y las doctrinas sustentadas por todas las naciones del continente.

Mas para alcanzar ese deseable grado de perfeccion y hacer del anhelo una realidad no hay que dar nuevos vuelos a la imaginacion y saturar mas el ambiente de idealismo. Lo indeficiente es entrar resueltamente en el campo realista del panamericanismo, en el cual ha enseñado no poco la experiencia presente.

Por tanto, hay que dar un solido fundamento a la obra, creando, en primer termino, entre los hombres responsables de gobierno, entre los orientadores de la opinion y en el pueblo en general *una verdadera conciencia americana y un sentimiento de unidad politica, de unidad militar y de unidad economica*, —inexistente hoy—, *que lleven a las republicas del continente a acomodarse para ha*

cer efectiva la "asistencia recíproca y cooperación defensiva de las naciones americanas", en caso de ataque o de agresión a una de ellas por un estado no americano

Falta al presente esa conciencia ilustrada y firme, depurada y leal, que a mi juicio es la razón única de que los más solemnes compromisos interamericanos sean incumplidos, que el panamericanismo aparezca como una mera fantasía. Imposible también es poner en duda que especialmente debese a la circunstancia apuntada, el hecho comprobado de que el pensamiento y la intención no corresponden nunca con las palabras o que éstas expresan sólo contradicciones y sofismas, y que todo sea contraproducente.

Este *apartamiento entre lo que se dice y lo que se hace*, inconsecuencia manifiesta, se hizo patente a todos en el período mismo en que debió entrar en actividad el contenido espiritual y textual, claro y preciso de la *declaración XV*, o sea en el lapso que transcurrió entre el día de la agresión del Japon al territorio de un estado americano, —el 7 de diciembre de 1941—, y el de la clausura de la *tercera reunión de consulta*, —el 28 de enero de 1942—, celebrada en Río de Janeiro. Y esto que enfáticamente afirmo lo compruebo a montones en las páginas de este volumen, con citas pertinentes, no con frases vacuas.

Después que *nueve* repúblicas americanas *declararon la guerra* a los atacantes del continente, entre el 8 y el 12 de diciembre de 1941, colocándose franca y decididamente, moral, jurídica y legalmente al lado de los Estados Unidos, las restantes se limitaron a proclamar que "condenaban la agresión", que "en virtud de pactos solemnes eran solidarias de todas y cada una de las naciones del continente", no sin reconocer que "la agresión que acababa de ocurrir ponía la trágica amenaza a las puertas mismas de la América y planteaba a cada una de las repúblicas americanas la necesidad perentoria de asumir en pleno sus responsabilidades".

Se daba a entender que se tenían algunas *responsabilidades*, pero todo eran palabras y sólo palabras, que al fin llevaron a las tres repúblicas más osadas, —Colombia, México y Venezuela—, antes de abrirse, pero después de convocada la *tercera reunión de consulta*, “a la ineludible suspensión de relaciones diplomáticas” con el “agresor” de una nación americana, “a la hora oportuna” (1) y con la *amplitud adecuada a sus deberes* ” (sic), según escribe el jefe de la cancillería colombiana, don Luis López de Mesa (*memoria de relaciones exteriores*, 1942, pág. x)

Luego presentaron esas mismas tres repúblicas la desgraciada *recomendación de ruptura de relaciones diplomáticas* “Recomendación” que para simular ser acción y determinación “*unánime*” de solidaridad continental, puso en el ridículo de “votarla” y “firmarla” a los diez estados americanos que habían *declarado la guerra* al Japón y a los gobiernos de Alemania y de Italia. También, debo repetirlo una vez más, esos diez estados americanos habían suscrito en Washington, el 1º de enero de 1942, *quince* días antes de inaugurarse la *reunión consultiva* de Río de Janeiro, la *declaración de las naciones unidas*. A todos estos particulares he consagrado referencias en anteriores páginas. Sin embargo, como en estas finales resumo todo lo evidente y atañadero a la solidaridad continental y a la unidad americana de acción en los días en que debio tener absoluta eficacia su *carta magna*, porque la *declaración XV* de la Habana estaba en plena vigencia, debo referir todavía un hecho, deliberado unas veces o inconsciente otras, pero hecho con el cual algunas repúblicas americanas han dado al traste con un principio jurídico y con una regla de derecho internacional de universal asenso hasta ahora.

Han pretendido embaucar a todo el mundo fingiendo, —claramente para incumplir la *declaración XV*—, que la “suspensión o ruptura de relaciones diplomáticas” corresponde a un *estado de beligerancia* o equivale a una *declaración de guerra*. Y se ha llegado hasta afirmar por un alto funcionario latinoamericano tan disparatada espe-

cie Así pues, fundándose en tales absurdos y en una simulación, se han considerado autorizados sus gobiernos para irrespetar preceptos clásicos del derecho de gentes, consignados en tratados publicos Recurso desrazonable que tendrá lamentables consecuencias y constituirá siempre un precedente peligroso para las repúblicas latinoamericanas, que sólo en la recta aplicación de los postulados del derecho encontrarán en todas las épocas el mejor escudo para defender sus atributos soberanos

Pero como lo he expuesto anteriormente, es tal el *apartamiento entre lo que se dice y lo que se hace*, que todo es la contundente comprobación de que ni en los pueblos ni en los dirigentes de las repúblicas del nuevo mundo existe una clara y determinada conciencia americana, capaz de orientar y definir rumbos, que penetre y entienda fundamentalmente la situación Y una comprobación basta para aseverar lo que afirmo

Don Ezequiel Padilla, el ilustrado secretario de relaciones exteriores de México, conspicua figura de la *tercera reunión de consulta*, quien por sus talentos, su palabra fácil y su espíritu de solidaridad americanista no tuvo par en dicha asamblea, o como dijo el capitán Copening, corresponsal del *Daily News*, "no hubo uno que pudiese competir con él, que de manera tan notable se hizo de la batuta para dirigir ese concierto internacional" Pues bien, Padilla, que es una de las personalidades políticas mas interesantes de la actualidad continental, porque su panamericanismo es autentico y no tiene base ni en el convencionalismo ni en el oportunismo, ni se origina en otros ismos, llámeselos *fascismo* o *falangismo*, porque de todo esto hay en el vergel americano Padilla, repito, espontánea, fluida y sinceramente discurre en la mentada *consulta* y reitera su pensamiento no una vez sino varias, y dice enfáticamente

"Estamos aquí para deliberar sobre la suerte de América Nos hemos reunido para cumplir nuestros compromisos de honor y para sellar la solidaridad americana"

La conferencia se ha reunido para organizar la defensa común del continente y preparar una América cada vez más fuerte, unida e invulnerable. Si las repúblicas americanas no están unidas, sufrirán la agresión ellas mismas."

La frase última de Padilla rememora con cierto eufemismo, pero de modo vivaz y apodictico, el espíritu, el propósito, la finalidad prevista en la declaración XV de la Habana, el verdadero y único "compromiso de honor cuyo cumplimiento sellaba la solidaridad americana", porque dice "toda agresión de un estado no americano contra un estado americano, será considerada como un acto de agresión contra todos los estados que firman esta declaración"

Y como todas repúblicas americanas reunidas en la consulta de la Habana la habían suscrito, y diez de entre ellas, respetando ese compromiso de honor se hallaban en guerra declarada con el "agresor" de todas las repúblicas americanas, según la declaración XV, la frase de Padilla, "sufrirán la agresión ellas mismas", es una redundancia. Pero trae a la memoria de todos que las repúblicas americanas, sin excepción, eran víctimas de la infame y alevosa "agresión" y comprometidas estaban a solidarizarse para enfrentar al agresor y a sus ahados, para honrar sus firmas, puestas al pie de la declaración XV, suscrita en la Habana.

La libertad tiene un precio que hay que saber pagar, y como después de la agresión japonesa a Pearl Harbour, territorio de los Estados Unidos, *América estaba en guerra, toda la América era beligerante*, "de facto" y "de jure", convencionalmente, porque existía una alianza incondicional en pleno vigor, en la tercera reunión de consulta debieron repetirse las palabras del presidente de la nación mexicana, Avila Camacho *Estamos en guerra y esto significa que tenemos la obligación de vivir la guerra y de ayudar a ganarla con todos los medios a nuestro alcance*.

Así pues, era evidente, era imperioso, era ineludible en la mentada consulta mantener,, vigorizar, reforzar la

unidad americana y, por sobre todo, restaurar la solidaridad continental, soldarla, devolverle su prestigio, porque llegó rota a Río de Janeiro, lastimosamente malparada. La desemejante actitud de las repúblicas americanas frente a la "agresión" hecha a *todas ellas*, lo demuestra de manera contundente. Todo esto lo he comprobado de manera irrefutable en las páginas de este volumen. Y asimismo he comprobado que el único medio de salvar la unidad americana, la solidaridad continental y cuanto tiene virtualmente de esencial el panamericanismo, era la *declaración de guerra total de las repúblicas americanas* al Japón, Alemania e Italia, "por haber el primero de esos estados agredido y los otros dos declarado la guerra a un país americano".

Era esa la sola *declaración* o *resolución* que podía tomarse en la *consulta* de Río de Janeiro, era la única y sabia *recomendación* que podía hacerse, porque era la única lógica y además obligatoria. Debía honrarse el solemne compromiso firmado por *todas* las repúblicas americanas la *declaración XV* de la Habana. Toda otra *resolución*, *acuerdo* o *recomendación* que no fuese la *declaración de guerra* a las potencias del "eje", era un absurdo, un yerro, un disparate craso. Y por sobre todo era destruir la unidad americana, cuando se trataba de *repeler la agresión de un estado no americano contra un estado americano*. Era anular la solidaridad continental y despedazar el panamericanismo en todas sus expresiones, espirituales y reales, nadie se atreverá a negarlo.

Sin embargo, y porque "alrededor del jefe de la delegación mexicana se congregaron los representantes de Colombia, Venezuela, Ecuador, Bolivia y Uruguay, y los de los países del Caribe y de las Antillas y de Centroamérica lo veían respetuosos, como maestro indiscutible", es profundamente lamentable que se diga "Padilla con su gran elocuencia destrozó la posibilidad de que se discutiera la ponencia dominicana de una declaración conjunta de guerra".

Triste enseñanza y consejo para los que lo seguían, por varios respectos. Y, cómo no lamentar todos que la palabra cautivante de Padilla fuera utilizada para *destronar* la ponencia de la República Dominicana, de una *declaración conjunta y total de guerra* a las naciones del "eje", que era el *único* acto sensato. Porque era debido y lo originaba un compromiso solemne, una alianza incondicional, la *declaración XV* de la Habana. Era un deber de política interamericana, era la *única* acción de valor positivo, desde cualquier punto de vista que se la considerase, moral, jurídico o legal. Era el *único* recurso que podía restaurar —y esto era urgente, inaplazable, ineludible—, la unidad americana y soldar la solidaridad continental, devolviendo así su prestigio íntegro al panamericanismo y a la fraternal cooperación de las naciones del hemisferio occidental.

No *destruyó* pues la elocuencia de Padilla solamente el *proyecto dominicano*, tan cordato como oportuno, tan adecuado por su importancia trascendental para la futura suerte del sistema interamericano de ayuda mutua, de cooperación defensiva y de seguridad colectiva del continente. Destrozó todo esto, que era de interés vital y permanente para las Américas, y despedazó también la idea de la *ponencia dominicana*, fundada en el principio de que un acto de agresión contra una república americana debe considerarse como un acometimiento contra todas ellas.

Pero como lo he escrito repetidas veces, *no existe una clara y determinada conciencia americana, capaz de orientar y definir rumbos, capaz de una gran acción enérgica en favor de la solidaridad continental* y capaz también de sobrellevar todas las dificultades para presentar un frente común americano ante ciertos peligros. De haber existido esa conciencia habría sido un hecho real en la *reunión de consulta* de Río de Janeiro la acción positiva, prontamente emprendida y orientada hacia la realización plena y automática de la restauración de la unidad americana y de la solidaridad continental, por la cooperación defensiva, franca y decidida, efectiva y eficaz, comprobada con hechos y

no alardeada en frases destinadas a velar, por tergiversación, el incumplimiento de una obligación solemne, como la prevista en la *declaración XV* de la Habana

Ahora bien, esa unidad en la acción y esa solidaridad en la defensa no podían realizarse sino por la *declaración conjunta y total de guerra*. Esta necesidad latente en el espíritu de cada uno y en el sentimiento de todos es innegable y sale espontánea de la expresión de todos. Porque nada puede desviar el cumplimiento del deber moral, aunque se trate con fingimientos de soslayar la obligación jurídica pactada y la legal. Así, no son pocos los que no pueden esconder ni el deber ni la obligación, y son sinceros espontáneamente. Habla con lealtad el subconsciente y en el calor de la elocuencia la intención se traduce por un encendido verbo.

Al contrario de Sumner Welles que con eufemismos expresó mucho y no fue adrede comprendido, Padilla no quiso decir todo, fue duro y atacó por retruque, porque sabía que fuera de las *nueve* repúblicas que se habían colocado al lado de los Estados Unidos, *declarando la guerra*, pública y legalmente al "agresor", las otras no habían cumplido ni moralmente ni jurídicamente lo convenido. Pero Padilla no dijo nada contrario a la verdad y puede afirmarse que ajustó sus palabras a la divisa de la sociedad de historia americana: *ante omnia veritas*.

Lo único grave que ocurre es que en su discurso del 23 de enero de 1942, "*en que recomendó la común ruptura de relaciones diplomáticas con los países del "eje"*", absurdo sin ejemplo, que *destrozó* toda idea de unidad y de solidaridad e hizo imposible, por ser contraria al sentido común, la "*unanimidad*", dado que *diez* repúblicas americanas se hallaban en *guerra declarada* con el Japón, Alemania e Italia. Era pues insensatez *recomendar* a esas *diez* repúblicas *ruptura o suspensión de relaciones diplomáticas* con esas potencias, y también repugnante que las *beligerantes* "*recomendasen*" a las otras, que no parecían imbeciles, una simple *ruptura de relaciones diplomáticas*. De-

mencia fue pues que esas *diez repúblicas en estado de guerra* votaran y suscribieran la ridícula *recomendación*. Pero la verdad es que *no existe una conciencia americana de orientación definida*.

Pero todavía hay algo más extraordinario. Padilla recomendaba la *ruptura diplomática*, pero su subconciencia encarecía el hecho verdadero: las Américas habían sido atacadas, la agresión "actual" y "directa" se había consumado en cada república del hemisferio occidental, una alianza incondicional y un compromiso solemne la *declaración XV* de la Habana, lo decía así: *Luego de facto y de jure, convencionalmente, las Américas estaban en guerra y debían declarar la guerra*. Y Padilla lo dice con fogocidad en su citado discurso. Oigámoslo.

"Este es, sin duda, un instante de gran trascendencia histórica. ¡Es, en sí mismo, un episodio de la guerra!" Pero como había que culpar a alguno y atribuir la falta a alguno, aunque eran no pocos los remisos, los que incumplían la obligación y faltaban a su deber, continúa Padilla y expresa: "He oído hablar al representante de la *Argentina* y al de *Chile*, exponiendo las aspiraciones de sus propios pueblos en esta asamblea. Considero un derecho y un deber ineludible el que, a mi vez, en estas horas de tanta significación, yo dé expresión a las inspiraciones de mi país, y casi estoy seguro de que represento las de *diecinueve* países que respaldan las proposiciones de México, Colombia y Venezuela, de *franca ruptura de relaciones con los países del "eje"*. Y aquí tenemos el hecho inaudito de que *diez repúblicas americanas en estado de beligerancia* "inspiran" y "respaldan" la mentada proposición.

Continúa Padilla la exposición de lo que parece ser su idea fundamental, pero algo lo desvía de su propósito y dice: "Hemos venido aquí para discutir frente a un panorama de guerra. No hemos venido aquí a discutir frente a un panorama sereno de paz, y los argumentos en uno y otro caso deben ser totalmente distintos. No son los mismos los argumentos de la paz que los argumentos de la

guerra, no son los mismos los argumentos en la convivencia pacífica de los pueblos que los de la hora en que están entrechocando, disputándose la subyugación del mundo los unos y defendiendo la perduración de la libertad los otros"

Estas palabras en su recta interpretación y más claro sentido son inequívocas, perspicuas, interpretan con exactitud la situación de la hora que pasa y piden enfáticamente la decisión que corresponde, la actitud adecuada. *Las Américas están en guerra* y deben declararla. Pero lastimosamente confunde Padilla sus argumentos, olvida el motivo de su discurso y trueca todavía los conceptos clásicos y los preceptos de universal asenso del derecho internacional, cuando supone, en primer término, que *se defiende la perduración de la libertad* con una simple *ruptura de relaciones diplomáticas*, y luego que esta es *argumento de guerra* o equivale a un *estado de beligerancia*.

A mi juicio lo que *entrechocan*, y esto causa repugnancia, son las ideas sanas y los principios lógicos con el absurdo. Porque la *ruptura o suspensión de relaciones diplomáticas* conserva o mantiene un *estado de paz*, no crea un *estado de guerra*. Pretender destruir con retórica esta doctrina es necia pretensión.

Sin embargo, Padilla prosigue en su errada tesis y hace este símil. "En época de paz, la palabra *peligro* debe despertar a los estadistas para que lo conjuren pacíficamente, si es posible. En época de paz, la cortesía diplomática, las garantías a los extranjeros, son orquídeas en el invernadero de la civilización del mundo. Ah! Pero cuando se está frente a los problemas de la guerra, no hay que hablar la misma lengua. Es otra, porque están en juego las patrias, las libertades, el patrimonio de los valores espirituales de los pueblos".

Son muy claras estas expresiones, porque era evidente que *no* se estaba frente a ningún problema sino ante el *hecho de la guerra misma*, jurídica y convencionalmente considerado, después de la traidora *agresión* del Japón a los Estados Unidos. No se trataba pues de una presunción,

ni de una amenaza, sino de un *ataque consumado*, y pactado estaba, *que todo atentado de un estado no americano contra un estado americano será considerado como una acto de agresión contra todos los estados que firman la declaración XV*, de la Habana. No admite dudas pues que debía usarse el lenguaje de guerra y *declarar la guerra*, pero no creo que se pueda usar o deba usarse el lenguaje de guerra para "recomendar" la *ruptura de relaciones diplomáticas*. Eso sería o demasiada violencia o una verdadera simpleza, en la circunstancia, por que ya habían realizado espontáneamente la *ruptura diplomática*, sin discursos ni aspavientos, tres repúblicas americanas, en muestra de solidaridad a las *diez* hermanas en guerra y en consecuencia de la agresión a todas.

Pero Padilla insiste, y en calidas voces declara enfáticamente, a propósito del *peligro*. "Y hablar de peligro, —pero qué cosa más contradictoria!—, hablar de peligro como un obstáculo para tomar una decisión, que, a la hora de tomar una determinación en la defensa de los altos valores morales de un pueblo, tengamos que retroceder ante la palabra *peligro*, es desconocer la historia. Si nuestros antepasados hubieran erigido como argumento esta palabra, todos los países que aquí estamos representando serían colonias todavía. Y ninguna redención en el mundo hubiera quedado consagrada." Qué gran verdad proclamó el ilustre tribuno mexicano. Pero, actualizando el caso, yo afirmarí que si la emancipación de América, de todas las Américas, se hubiese discutido en una conferencia del tipo de la de Río de Janeiro, no seríamos ni siquiera colonias, viviríamos en la época del clan y de la conquista.

¿Pero es que el orador recomienda con tan fogosas expresiones y en tan grave emergencia una simple *ruptura de relaciones diplomáticas*, como lo anuncia al comenzar su discurso? No lo parece. Sus palabras traducen claramente otro pensamiento y sustentan en el momento en que las pronuncia aunque el orador no lo quiera así, la necesidad

de ir a la guerra, de colocarse todas las naciones del continente en estado de beligerancia Sus declaraciones en este sentido son contundentes y firmes

"No hemos venido aquí para argumentar con palabras de paz, —dice— sino con palabras de la seguridad continental, que esta gravemente amenazada" No, la seguridad continental no está amenazada después del ataque japonés a Pearl Harbour. Hablar en sentido contrario a esta realidad es plegarse al criterio de la *agresión directa*, de la *agresión actual*, ya sostenido en aquel momento por algunos gobiernos americanos. Pero tal actitud es opuesta a todo sentido de unidad americana y proclive a la destrucción de la solidaridad continental. Y opuesta también al espíritu, a la letra y a la previsión contenida en la *declaración XV*. Parece que Padilla lo comprende así, y en consecuencia arguye

"Muchas gentes quisieran reconocer el peligro cuando estén ya planeando sobre nuestras cabezas los bombarderos, cuando este cayendo la metralla y destruyendo nuestros hogares. Pero entonces no será la hora de la defensa, entonces será ya la hora de la derrota. No es hora de defender riquezas materiales es la hora del sacrificio" ¿Y cree el licenciado Padilla que se evitará la metralla, y los bombardeos, y la derrota, y se alcanzará la victoria y se cantará hosanna haciendo el sacrificio las repúblicas americanas, *de romper relaciones diplomáticas* con las naciones del eje y vender y comprar a las *naciones unidas* todo cuanto sea posible, por ser las *únicas* con quienes se puede comerciar? Me parece absurdo pensarlo y atosiga la idea, que sólo puede causar satisfacción a los enemigos de las Américas

Jamás nadie que hable la lengua española o la corozca, podrá deducir de las expresiones de Padilla que él *recomienda la ruptura de relaciones diplomáticas*, y menos cuando sus palabras las dice en una asamblea interamericana, a la cual concurren diez repúblicas del continente en

guerra declarada al eje, y asamblea reunida para organizar la cooperación defensiva y la ayuda mutua que se prestarán todos los estados de América en la *eventualidad prevista*, ya hecho realizado, en la *declaración XV* de la Habana. Pero Padilla continúa hablando enfáticamente y con toda razón declara

“No es noble pretender que las libertades, que el patrimonio de la justicia, que la unidad de América por la que pugnamos, la *defiendan los otros*, mientras que nos reclinamos por nuestra parte en el egoísmo y en la falsa seguridad, porque *todos estamos comprometidos* la hora no salvará exclusivamente a ninguno. Todos nos hundiremos en este continente, sometidos a la subyugación, o todos nos salvaremos con la bandera enhiesta de la unidad de América”

¿Cumplirán las repúblicas americanas con su deber y respetarán sus compromisos solemnes y se salvará la *unidad de América*, dividida en dos campos, el de la paz y el de la guerra, proclamando a la faz del mundo que esa división es una verdad? Porque, ¿que otra cosa es la *recomendación de ruptura de relaciones diplomáticas* de once estados del continente a diez otros estados de América, en *plena guerra* con el enemigo común? Si eso no es el *destrozo* de la solidaridad continental, habrá que llamar a la verdad de otro modo. Mas prosigue el orador y para ilustrar su opinión ejemplifica, y abre esta contundente interrogación que, a mi juicio, es contraproducente

“¿Cómo podría entenderse. —y hay que decirlo, porque se trata de una nación de nuestra América— a los Estados Unidos? Un país de alto *standard* de vida, un país de grandes normas de *comfort*, ¿cómo podríamos comprenderlo, arrojando al incendio cifras fantásticas de sus riquezas acumuladas, todo el río caudaloso de su prosperidad, sin pensar en peligros ni en economías, para defender el patrimonio de sus libertades y el destino libre de nuestro continente? Sólo lo explica el espíritu de sacrificio en

aras de los más altos valores que alientan la marcha de los pueblos”

Y de nuevo pregunto yo ¿podrán algunas repúblicas americanas corresponder al sacrificio extraordinario que realizan los Estados Unidos en defensa del *destino libre de nuestro continente*, con una simple *ruptura de relaciones diplomáticas*? De nuevo afirmo que no lo creo, y por esto sostengo que están faltando al cumplimiento de un sagrado deber

Pero la dialectica de Padilla en el pasaje que acabo de transcribir es vigoroso, apodíctico, terminante. Dice claramente que ninguna nación americana puede eludir su obligación, que ninguna debe incumplir el pacto de defensa mutua, la *declaración XV*, aunque para ello inmole sus bienes más caros. Y nuestros pueblos, para defender sus libertades inviolables, dice Padilla, están “dispuestos al sacrificio y a rendir, si es necesario, sus economías, su bienestar material, para salvar nuestros destinos”. Todo esto son palabras, fantasías, pero no hechos

Porque en el caso concreto, en que están en camino de peligrar o desaparecer la soberanía nacional y las mismas instituciones americanas, republicanas, democráticas y liberales, aplastadas por el monstruo del totalitarismo, la seguridad de las naciones del hemisferio occidental y la base fundamental de esa seguridad, la seguridad continental, no puede idearse ni proponerse nada que la destruya. Así, y por todas las razones expuestas en el curso de estas páginas, *recomendar la ruptura de relaciones diplomáticas*, es “destrozar” la esencia misma del panamericanismo, representado en sus dos expresiones más puras y trascendentales: unidad americana y solidaridad continental

No obstante que Padilla habló calurosamente de hacer sacrificios de toda naturaleza, sin excluir los cruentos, y proclamo en hinchado lenguaje la necesidad de apretar la unidad continental y restaurar la solidaridad interamericana, rotas ambas por el incumplimiento de solemne e indeficiente compromiso, —la *declaración XV* de la Habana—,

que obligaba de modo ineludible a las veintiuna repúblicas americanas, pero que sólo tuvo la oportuna observancia de *nueve*

A pesar pues de todas sus frases, encendidas de espíritu bélico y de panamericanismo, —quién que las lea podrá abrigar dudas al respecto—, frases en las que pide con perspicuidad actuar en guerra, colocarse en actitud beligerante, por natural convencimiento de que únicamente la *declaración de guerra* de “todas” las repúblicas americanas a las naciones del eje podría, por las consiguientes e ineludibles obligaciones mutuas de carácter político, militar y económico, soldar la solidaridad continental y devolver al sistema interamericano de defensa colectiva todo su prestigio, que bien podría haber sido desde ese momento el de un verdadero orden jurídico panamericano realmente eficiente

Sin embargo, *no propuso* Padilla la *declaración de guerra* de los estados americanos que aun no la habían hecho. Todo lo contrario, utilizó “su gran elocuencia para *destronar* la posibilidad de que se discutiera la ponencia dominicana” en tal sentido, aunque era la única lógica, la única razonable, la única oportuna y eficaz, la que era esperada por todos los americanos, porque esa sí era “la idea de todos nuestros países de América, sin una excepción” Que la “diplomacia de los pueblos de América”, no la de sus gobiernos, no habría sido otra, eso es evidente

Padilla ha sido, sin duda, un gran abogado de la solidaridad americana, pero entre sus palabras y lo que propone para realizarla su apartamiento es grande, no hay consecuencia entre su pensamiento y el acto. Muy cierto es que en la *reunión de consulta* de Río de Janeiro, como escribe en nota editorial el “Post” de Washington, (13 vi 1945, —con motivo de haber renunciado la secretaría de relaciones exteriores—, Padilla “*electrizó*” a sus colegas de las Américas “*por su elocuente petición de que las repúblicas americanas se unieran a los Estados Unidos contra el eje*”

Y muy cierto es también que, en esa oportunidad, "adoptó una *posición contraria* a la del ministro argentino de relaciones exteriores, Ruiz Guñazú" Pero en ambos casos todo fue verbalismo La verdad y lo positivo fue la desgraciada "recomendación" de *ruptura de relaciones diplomáticas* Y nadie, creo, se atreverá a decir que tal yerro y despropósito se llame solidaridad continental, unidad americana y unión a la república hermana traidora y directamente atacada por una nación del extremo oriente, a la cual acompañaban ya *nueve* otros estados americanos

Ahora, en el discurso de Padilla que comento, de estilo elevado y digno de una actitud heroica, el orador se limita a la defensa, —esto lo dice al empezar, sin repetirlo una vez más,— de "*la franca ruptura de relaciones con los países del eje*" Caso manifiesto este de que nunca se dice lo que se siente o que se siente lo contrario de lo que se dice Expuso un joven filósofo que "los grandes pensamientos vienen del corazón", pero asimismo es patente que la intención se desvanece casi siempre con las palabras, se ahoga antes de salir de los labios

Así vemos que el licenciado Padilla, después de propugnar una proposición desrazonable en la circunstancia, porque *destrozaba* la unidad americana y la solidaridad continental Que después de patrocinar una propuesta absurda, cuya consecuencia más lamentable, entre otras deplorables que tuvo, fué dividir patentemente en *tres* grupos a las repúblicas americanas Que después de todo esto, concluye por decir de esa infeliz *recomendación sobre ruptura de relaciones diplomáticas* "yo declaro con honda emoción que en ese documento que nosotros hemos suscrito, no sólo están las plumas y las manos de los *cancilleres* aquí presentes, detrás de cada uno de nosotros está la sombra de los héroes epónimos de América Ellos aprueban íntegramente no sólo la letra, sino la genuina inspiración de estos gloriosos documentos"

Palabras, frases vacías, pero todavía afirma Padilla "Todos estamos resueltos aquí (?) Hemos firmado la car-

ta magna de la unión americana, en medio de las más graves circunstancias como se firman siempre las *cartas magnas*" ¡Y tanta hipérbole y tanta ampulosidad para referirse a una simple *ruptura de relaciones diplomáticas*, para excusar y disimular el incumplimiento de la *declaración XV* de la Habana'

Parece mentira, pero estas últimas palabras del orador fueron acogidas por "*prolongados aplausos, bravos, gritos de ¡viva México!*" La única verdad es que *no existe una conciencia americana de orientación definida*. La política panamericana no está guiada por principios claros, es todavía un embrión. Y la experiencia mas reciente es la mejor prueba de todo lo dicho en el curso de las páginas de este volumen, en demostración de que la solidaridad continental y la unidad americana continúan en decadencia.

Dr Simón Planas Suárez